

entender que de otra manera no podría ser continente, si Dios no me lo concedía, y que esto mismo era de la Sabiduría, el saber cuyo es este don, acudí al Señor y le rogué. . . . .” (Sap., 8, 21.)

De lo dicho en el Capítulo antecedente, consta: primero, que “la grande dificultad ó la mayor que había en los indios para recibir el bautismo, consistía en la poligamia; porque *muchos indios*, especialmente los ricos y señores de pueblos, tenían muchas mujeres:” segundo, que desde el año de 1525 al de 1531, “anduvieron los mexicanos muy fríos en pedir el bautismo, principalmente por la antigua costumbre carnal de la multitud de mujeres:” tercero, que desde el año de 1531, “ha placido á Nuestro Señor, que de su voluntad, *de cinco á seis años á esta parte*, (escribía el P. Motolinia, en 1537,) comenzaron algunos á contentarse con una sola mujer. . . . .” cuarto, de las Informaciones jurídicas de 1666 consta que la Aparición de la Virgen y de su Santa Imagen milagrosamente pintada en semblante de noble Indita en la tilma de un pobre indio, con todos los demás pormenores de las Apariciones, reanimó sobremamente á los indios como tornados de muerte á vida, excitando en ellos, á medida de la propagación del milagro, difundido como chispa eléctrica, el fervor para abrazar la Religión de aquel Dios, cuya Madre se les había aparecido en tan tierno semblante.

Luego, con la Historia en la mano queda demostrado que el orden no común de la propagación de la cristiandad en México, “es el hecho sobrenatural de la Aparición de la Virgen, y la de su Imagen, sobrenatural también, visible á todos.”

### III

Después de haber demostrado cuál fué la verdadera *causa* de la conversión tan extraordinaria de los mexicanos, vamos á refutar á los que se esfuerzan en disminuir el *efecto*. Y lo haremos refiriendo las objeciones y añadiendo la conveniente respuesta.

En primer lugar dicen: los primeros Religiosos fueron demasiado fáciles en admitir al bautismo á tantos sin suficiente instrucción previa y sin estar seguros de una verdadera conversión.

Respuesta: también de San Francisco Javier, que predicaba en las Indias Orientales casi al mismo tiempo que en estas Indias Occidentales predicaban los hijos de San Francisco, dijeron algunos que era *un fantico* en bautizar á tantos. Y lo que es más, el Apóstol de las Indias Orientales servíase del mismo medio, de los niños ya instruidos en la Fe, de que se sirvieron con tan feliz resultado los Misioneros Franciscanos. (*Tursellini. De Vita Sancti Francisci Xaverii*, lib. II, caps. 1, 2; lib. IV, cap. 24.) Y á pesar de estos juicios *humanos*, la Iglesia enumera, como una de las obras del apostólico celo de Javier, el haber bautizado á tantos. Con mucha razón, pues, el obispo Garcés escribía al Sumo Pontífice Paulo III: “Aquí no buscamos *juicio humano*, sino que nos maravillamos del divino; pues quiere Dios despertar en los principios de aquesta gente nueva los milagros antiguos y prometer el fruto con que florecieron los santos que ha muchos años que nuestra Iglesia reverencia . . . . . Los niños de los indios aprenden de tal manera las verdades de los cristianos, que no solamente salen con ellas, sino que las agotan y es tanta su facilidad que parece que se las beben. Aprenden más presto que los niños españoles, y con más contento los Artículos de la Fe por su orden, y las demás oraciones de la Doctrina Cristiana, reteniendo en la memoria fielmente lo que se les enseña . . . . . Una cosa quisiera yo, Santísimo Padre, que tuviera Vuestra Santidad por persuadida: y es que desde que comenzó á resplandecer por el mundo la verdad evangélica, desde que se declaró nuestra felicidad, desde que fuimos adoptados por hijos de Dios en virtud de la gracia de Nuestro Redentor, y desde que el camino de la salud fué promulgado por los Apóstoles, nuestros Capitanes y Maestros, *nunca jamás á lo que yo entiendo, ha habido en la Iglesia Católica más trabajoso hilado, ni cosa de más advertencia*, que el repartir el talento entre estos indios.”<sup>1</sup> Lo propio repetía el Obispo Zumárraga á los Señores del Consejo de Indias, en su Carta de 27 de Marzo de 1531.

El P. Motolinia nos da tal vez la razón de cómo algunos pudieron decir que los indios no estaban suficientemente instruidos. Para hacer fruto en estos indios, á más de la lengua, “no es menos

<sup>1</sup> “Post promulgatam per Apostolos, duces et praeceptores nostros salutis viam, nihil unquam pensi maioris (quod sciam ego) in Ecclesia existitisse catholica quam haec apud Indos talentorum dispensatio.”

necesario el conocimiento de la gente, que naturalmente es temerosa y muy encogida, que no parece sino que nacieron para obedecer; y si los ponen al rincón allí están como enclavados: muchas veces vienen á bautizarse y no lo osan demandar ni decir; *por lo cual no los deben examinar muy recio*, porque he visto á muchos de ellos que saben el Pater Noster y el Ave María y la Doctrina Cristiana; y cuando el Sacerdote se las pregunta, se turban y no lo aciertan á decir. Pues á estos tales no se les debe negar lo que quieren, pues suyo es el reino de Dios.—Tienen gran cuidado de aprender lo que les enseñan y más lo que toca á la Fe: y saben y entienden muchos de ellos cómo se tienen de salvar é irse á bautizar: sino que el *mal es que algunos sacerdotes que los comienzan á enseñar*, los querrian ver tan santos en dos días que con ellos trabajan como si hubiese diez años que los estuviesen enseñando; y como no les parecen tales, déjanlos. Parécenme los tales á uno que compró un carnero muy flaco, y dióle á comer un pedazo de pan; y luego tentóle la cola para ver si estaba gordo.” (Tratado II, cap. 4.)

Una respuesta muy enérgica dió á esta objeción desde su tiempo el P. Mendieta. “Algunos impidieron el bautismo á muchos que fueron á buscarlo de tres y cuatro jornadas: porque, decían, que aquellos no traían fe verdadera, sino que venían unos al hilo de los otros sin entender lo que habían de recibir. Mas para satisfacción de esto bastaba el crédito que se debía tener de los Ministros que lo hacían, que no eran idiotas, sino hombres de buenas letras; sobre todo temerosos de Dios y de su conciencia, y certificaban que *todos los que se bautizaban eran primero enseñados y catequizados, y daban cuenta de la Doctrina Cristiana y se les había predicado muchas veces la ley de Dios . . .* ¿Quién podría atreverse á decir que estos venían sin fe, pues de tan lejos tierras venían con tanto trabajo, no los compeliendo nadie, á buscar el Sacramento del bautismo? Cuando San Valeriano, esposo de Santa Cecilia, fué á pedir el bautismo á San Urbano Papa, dijo el Santo viejo: “éste, si no creyera, no viniera aquí en busca del bautismo.” Y San Valeriano fué allí de poco más de una legua; y los pobres indios iban de más de veinte leguas . . . Y con todo esto, por dar contento á los canes que tanto ladraban, hubieron de despedir el mejor tiempo y negar el bautismo á la multitud que acudía, que se hallaron á la sazón en el patio de Guacachula más de dos mil ánimas, y en el de Tlaxcala po-

co menos, que aguardaban el bautismo.” (Mendieta, H. E. I., lib. III, cap. 40.) Refiérese el P. Mendieta á lo que según atestigua el P. Motolinia, aconteció en 1537, como en el Capítulo anterior se indicó.

Hay, pues, que concluir este punto, con las palabras del Obispo Garcés á Paulo III: “Si alguna vez, Santísimo Padre, oyere Vuestra Santidad, que alguna persona religiosa es de este parecer (que los Indios son incapaces de fe), aunque resplandezca con rara entereza de vida y dignidad, no por eso ha de valer su dicho en esto: persuadiéndose Vuestra Santidad y creyendo por más cierto que lo cierto, que quien lo dice, ha sudado poco ó nada en la conversión de los Indios, y ha estudiado poco en aprender su lengua y conocer sus genios. Porque los que en estas cosas trabajan con caridad cristiana, afirman que no es lance vano el de las redes del Evangelio y amor de Dios y del prójimo, cuando para pescarlos se tienden. Los que se están ociosos, ó por ser amigos de soledad, ó por tenerlos aprisionados la pereza; y los que nunca convirtieron Indios á la fe de Cristo por su industria, porque no los puedan culpar de haber sido inútiles, atribuyen la culpa de su descuido á la imbecilidad y flaqueza de los Indios, y defienden su verdadera pereza con la falsa incapacidad que les imponen; cometiendo en su excusa no menos culpa de la principal, de que procuraban librarse . . .”

En segundo lugar, dicen: que la conversión de los indios no fué sincera, sino que fingían recibir las instrucciones y el bautismo, pero que quedaban firmes en su idolatría. Respuesta: esto podrá decirse de algunos, y en los primeros años, pero no de muchos, ni de muchísimos, y de ningún modo de todos los millones de bautizados, como tenemos dicho. Porque si fuera así, resultaría falso todo lo que en alabanza de la naciente Iglesia Mexicana escribieron los dos Obispos Garcés y Zumárraga, y los Padres Fr. Martín de Valencia, Motolinia, Sahagún y Mendieta.

Por ejemplo, el P. Sahagún, el año de 1569, en el Prólogo á su famosa Historia, escribía: “Cierto parece que en estos nuestros tiempos, y en estas tierras, y con esta gente, ha querido Nuestro Señor Dios restituir á la Iglesia lo que el demonio le ha robado en Inglaterra, Alemania y Francia, en Asia y Palestina. De lo cual quedamos muy obligados de dar gracias á Nuestro Señor y traba-

jar fielmente en esta Nueva España." El Códice de donde se tomaron las referidas palabras, hállase en la Biblioteca Laurenziana de Florencia. (Icazbalceta, Bibliografía Mexicana del Siglo XVI, pág. 289.)

El mismo P. Sahagún, por el año de 1579, escribió una doctrina cristiana en mexicano: y en el Prólogo, en castellano, "este mismo año de 1579, se puso por apéndice esta Postilla." Pues bien, en ella el P. Sahagún escribe: *A los veinte primeros años, fué grande el fervor de los naturales: pero después se inclinaban á la idolatría.*<sup>1</sup>

<sup>1</sup> De que "después de los veinte primeros años (1524-1544) los naturales se inclinaban á la idolatría," no se sigue que su conversión no hubiese sido sincera. Esta inclinación á la idolatría débese en parte á la flaqueza humana, común á todos los hijos de Adán, y no ya propia y exclusiva de los mexicanos, y en parte, si no del todo, á la falta de Operarios Evangélicos, que en relación al vastísimo campo que se les ofrecía, eran pocos á la verdad y muy pocos. El V. Zumárraga, estando en España por los años de 1532 y 1533, "supliqué, escribe en su parecer al Virrey, al Consejo que me diesen treinta frailes que yo di por nómina: y como me respondieron que hartos eran doce, me vine sin ellos."

Con fecha 30 de Noviembre de 1537, los Obispos de México, Oaxaca y Guatemala, entre otras cosas que pidieron al Emperador "para la buena planta y permanencia de la fe en este Nuevo Mundo," la principal fué que mandase nuevos Religiosos: "Nos parece ser cosa muy necesaria, que haya más Religiosos en estas partes, de los que hay al presente; porque la mies es mucha, y clérigos puede haber pocos tales, no dando diezmo estos naturales, con que se mantener. Y es de tanta importancia haber muchos Religiosos en esta tierra, que pudiesen discurrir por toda ella, que la conciencia de V. M. y las nuestras con ellos estaría muy saneada: y porque á nosotros nos va mucha parte del bien que de ellos redundan á estos naturales, suplicamos á V. M. mande *los más religiosos que se pueda*, que nosotros nos ofrecemos con nuestra pobreza á ayudarlos para su pasaje, por la *mucha necesidad* que de ellos hay y gran provecho que á estos naturales se sigue con su doctrina y ejemplo." Al fin de la súplica, vuelven á encarecer la necesidad que hay de Operarios Evangélicos: "finalmente, tres cosas de más importancia en que nos habemos resuelto y concordado.....Lo tercero, para excusar V. M. importunaciones cotidianas sobre que nos mande enviar UN MILLAR DE FRAILES, que son tan necesarios y tan útiles, que ni instrucción, ni conversión, ni política en estos naturales hay sin los religiosos que les han dado *ser* también en lo espiritual como en lo temporal: y que siquiera *cada año viniesen veinte* frailes.....Para que vengan frailes estamos determinados que cuando V. M. no fuere servido de nos lo mandar enviar de su costa, que vengan á la nuestra y que cada uno de nos traiga lo que pudiere: ni nuestras conciencias sufren menos, ni están descargadas ni la de V. M. á nuestro parecer, sin los obreros necesarios para tanta mies: *Rogamus ergo et humili prece Dominum messis exoratum facimus ut mittat operarios in vineam suam.....*" Respondió el Emperador á 23 de Agosto de 1538; pero en el extracto de la contestación que el Arzobispo Lorenzana puso en el Apéndice á los Concilios primero y segundo Mexicanos, ni una palabra hay sobre tan apremiante petición.

Consecuencia lamentable de esta falta de Religiosos, fué, que no habiendo

Con estos testimonios irrefragables del P. Sahagún, queda desvanecida toda objeción: y de intento hemos citado al P. Sahagún, para que en seguida, sirviéndonos de sus mismas palabras refutemos algunas especies que él mismo virtió después: y al fin de este Capítulo, Dios mediante, se examinarán.

En tercer lugar, dicen: los primeros Misioneros no repararon que los Indios escondían sus ídolos debajo de las Cruces ó Imágenes Sagradas.

Respuesta: de lo dicho en este y en el antecedente Capítulo, se colige que esta maldad no fué de muchos, sino de pocos: y si entienden decir que *luego luego* los Misioneros no repararon en este engaño, no hay que echárselos en cara como un imperdonable descuido. Pero si se entiende que no cayeron en la cuenta sino después de muchos años, esto es de todo punto falso. En confirmación hé aquí algunos testimonios. El V. Zumárraga, en la carta ya citada de 12 de Junio de 1531, acerca de los niños ya instruidos y bautizados, escribía: "Con grande alegría predicán la palabra de Dios á sus padres, industriados para esto de los Religiosos. *Acechan con mucho cuidado adonde tienen sus padres escondidos los ídolos*, y se los hurtan y con fidelidad se los traen á nuestros Religiosos: por lo cual algunos han sido muertos inhumanamente por sus padres, mas viven coronados en la gloria de Cristo." Lo mismo repite el P. Sahagún, lib. X, cap. 27: "A los principios ayudáronnos grandemente los muchachos, así los que criábamos en las escuelas, como los que se enseñaban en el patio, para extirpar los ritos idolátricos que de noche se hacían: y de esta manera se destruyeron las cosas de la idolatría: pues nadie en público, ni de manera que se pudiese saber, osaba hacer nada que fuese cosa de idolatría ó de borrachera, ó fiesta. Bien es verdad que algunos de los muchachos que se

otros que tomasen el lugar de los difuntos ó de los imposibilitados, "los Indios se quedaron á sus solas" sin instrucción. Pues como el P. Andrés de Moguer, de la Orden de Predicadores, escribió al Presidente y Oidores del Consejo de Indias, en Diciembre de 1554, "en pueblos que han menester diez ó doce Ministros, apenas había uno ó dos; y que en las demás cabeceras *con decirles una Misa cada año*, era lo que podían hacer."

La misma falta de operarios lamentaba el Cabildo Eclesiástico de la Sede vacante de Guadalajara, en su informe al Rey á 20 de Enero de 1570. El mismo Bancroft notó esta falta y apuntó la causa que impidió la venida de nuevos Misioneros á México: á saber, la rivalidad entre las autoridades eclesiásticas y las civiles. (History of Mexico, vol. II, cap. 9, "Apostolic Labors," pág. 186.)

criaban en nuestras casas á los principios, porque nos decían las cosas que sus padres hacían de ídolos, siendo bautizados y por ello les castigábamos, los mataban sus padres y otros los castigaban reciamente. . . . .”

Del P. Motolinia, tomamos los testimonios siguientes:

“Ya que pensaban los frailes, (nótese que el P. Motolinia escribía por los años 1537-1541,) que con estar quitada la idolatría del templo de los demonios y venir á la Doctrina Cristiana y al bautismo era todo hecho, hallaron lo más dificultoso y que más tiempo fué menester para destruir; y fué que de noche se ayuntaban y llamaban y hacían fiestas al demonio, con muchos y diversos ritos que tenían antiguos . . . . y las noches de ellas todo era dar voces y llamar al demonio, que no bastaba poder ni saber humano para las quitar, porque les era muy duro dejar la costumbre en que se habían envejecido: las malas costumbres é idolatría, á lo menos las más de ellas, los frailes *tardaron más de dos años* en vencer y desarraigas, con el favor y ayuda de Dios y Sermones y amonestaciones que siempre les hacían.”

Prosigue el P. Motolinia: “Desde á poco tiempo vinieron á decir á los frailes como escondían los indios los ídolos y los ponían en los pies de las cruces, ó en aquellas gradas debajo de las piedras, para allí hacer que adoraban la cruz y adorar al demonio. . . . Acabados de destruir estos ídolos públicos, dieron tras de los que estaban encerrados en los pies de las cruces y á todos los destruyeron. Porque aunque había *algunos malos indios* que escondían los ídolos, *había otros buenos ya convertidos*, y pareciéndoles mal y ofensa de Dios, *avisaban de ello á los frailes*; y aun de éstos no faltó quien quiso argüir no ser bien hecho. Esta diligencia fué bien menester. . . . porque en estas costumbres (del cruel sacrificio), estaban muy encarnizados: y aunque no sacrificaban ya tanto como solían, todavía instigándolos el demonio, buscaban tiempo para sacrificar. Porque según pronto se dirá, *los sacrificios y crueldades de esta tierra y gente sobrepujaron y excedieron á todos los del mundo*. . . . En lo alto de Cholollan (Cholula) estaba un teocalli (templo) viejo, pequeño, y desbaratáronle y pusieron en su lugar una Cruz alta, la cual quebró un rayo, y tornando á poner otra y otra, también las quebró: y á la tercera vez yo fui presente, que fué el año pasado de 1535; por lo cual descopetaron y cavaron mucho de lo alto, adonde ha-

llaron muchos ídolos é idolatrías ofrecidas al demonio: y por esto yo confundía á los Indios diciendo, que por los pecados en aquel lugar cometidos no quería Dios que allí estuviese su Cruz. Después pusieron allí una gran campana bendita, y no han venido más tempestades ni rayos después que la pusieron.” (Tratado I, cap. 4 y cap. 12.)

Habla de este mismo hecho el P. Mendieta, el cual añade que “aunque entendieron (los religiosos) no ser aquello (de esconder los ídolos) cosa fresca sino de años atrás, asustaron con ellos á los indios diciéndoles, que porque no descubriesen aquellos sus idolatrías, permitió Dios que cayesen aquellos rayos. Finalmente puesta otra cruz permaneció hasta que este año de noventa y cuatro (1594) se edificó en aquel lugar una ermita de Nuestra Señora de los Remedios, que con particular devoción es muy frecuentada de los Indios.” (H. E. I., lib. III, cap. 48).

Nótese en fin, lo que dice el P. Motolinia al fin de su Historia de los Indios de Nueva España. (Tratado III, cap. 20.) “Otros muchos pueblos remotos y apartados de México, cuando los frailes iban predicando, en la predicación y antes que bautizasen, les decían que lo primero que habían de hacer era, que habían de traer todos los ídolos que tenían y todas las insignias del demonio para quemar; y de esta manera también dieron y trajeron mucha cantidad que se quemaron públicamente en muchas partes: pues *á donde ha llegado la doctrina y palabra de Dios, no ha quedado cosa que se sepa ni que se deba hacer cuenta*. Porque si desde aquí á cien años cavaran en los patios de los templos de los ídolos antiguos, siempre hallarían ídolos, porque eran tantos los que hacían. . . .”

De todo lo que discurre el P. Motolinia, y en parte dejamos apuntado, se deduce: primero, que no ya todos los indios convertidos escondían comunmente los ídolos, sino algunos de ellos, y en los primeros años de la predicación; segundo, que los indios, antes de su conversión, escondieron muchos ídolos: “después, cuando *se fueron los indios convirtiendo y bautizando, descubrieron muchos*: otros ídolos se pudrieron bajo la tierra, *porque después que los Indios recibieron la fe, habían vergüenza de sacar los que habían escondido*. . . .” tercero, que en esto de que los indios escondiesen sus ídolos, hubo bastante de exageración: y hé aquí como lo prueba el P. Motolinia en la última página de su Historia: